

PICARDIAS



unas
chicas
libertinas

50
cts

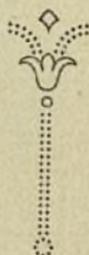


UNAS CHICAS LIBERTINAS

PICARDIAS

6

UNAS CHICAS LIBERTINAS



PRENSA MODERNA

Larva, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID

Unas chicas libertinas



UN JOVEN QUE NO SE SIENTE FELIZ

Eran tres amigas que se llamaban Made, Lulú y Lilette.

Una de ellas, rubia; la otra, morena, y la tercera, de un tono castaño caoba. Además de esta variedad de tonos, las tres eran completamente distintas.

Made, la morena, era alta, alta y elástica; Lilette, la caoba, de contornos firmes y provocantes; en cuanto a Lulú, que aun no tenía dieciséis años, aun no podía definírsela demasiado; pero segu-

ramente no causaría ninguna desilusión al que esperara encontrar en ella una mujer encantadora.

Made tenía veinte años; Lilette, diecinueve.

Las tres trabajaban en el taller de costura del gran modisto Pierre Pommier, el cual, a pesar de sus aventuras galantes, extramuros o intramuros, no sujetaba para sí mismo demasiado a sus empleadas.

—¡ Ah, la, la! —exclamó Made cortando sin medir una porción de tela de una pieza de crepé georgette—. Lo que se aburre una en esta jaula.

—¡ Tú lo has dicho! —afirmó la pequeña Lulú, que a cuatra patas recogía los alfileres del suelo.

—Además, que con la espléndidez del patrón no podemos comer lo suficiente para que tengamos los rostros alegres y se fijen en nosotras los muchachos. Al menos los dependientes de tejidos o los carniceros. Esto es todo lo que podemos aspirar en cuestión de amores. Para no aburrirnos es suficiente. Pero no podemos esperar más.

—Mi novio es cortador de carne—dijo Lulú, y es un muchacho muy guapo y simpático.

—¡ Muy guapo! —exclamó Made riendo—. Oye, ¿qué es ese horrón azul que tienes en el muslo?

Lulú bajó rápidamente su vestidito que se había arrugado de un modo indecente mientras maniobraba sobre el entarimado del taller.

—Este me lo hice ayer contra una esquina de la cómoda.

—¡Qué bien hablas, querida! Ya conozco esas esquinas de los muebles. Esos rincones suelen traer consigo zapatitos con lazos o con adornos. Me parece que también tu trasero ha tenido algún contacto con ellos. Déjame que vea si es verdad.

Lulú quiso defenderse, agachándose contra la robusta Made, mas sus vestidos subieron hasta los hombros; pero la morena sufrió una gran decepción, pues la pequeña Lulú llevaba aún, como su madre le tenía ordenado, cubierto su trasero con unos culotitos cerrados completamente.

—¡A mí me daría vergüenza llevar esos pantalones a tu edad!—exclamó Made molestada—. Si con esos esperas hacer muchas conquistas cuande montes en los columpios, estás arreglada.

—¡Diantre!—respondió la jovencita—. Yo no soy la íntima del patrón.

—¡Ah! ¿Esas tenemos?—rugió Made de muy mal humor—. Que pudiera yo ponerme sus vestidos un solo día y vería ella si no encontraba algo más que el patrón para entregarme a la bagatela.

—Pues por mí, querida, bien puedes ponértelos.

—¿Qué has dicho, mala bestia?

El ruido de una puerta al abrirse interrumpió la querella que ya estaba amenazando.

Era un muchacho fuerte que entraba en el taller.

No estaba mal el joven si no hubiera sido por una ridícula librea de oro y escarlata que le cubría de pies a cabeza.

—Señorita Made, el señor director quiere que vaya usted en seguida a su despacho.

—Eso es—murmuró la linda joven enfurecida—, ahora voy a que me enguirnalden... ¡Valiente perro!

Luego dijo en voz alta:

—Voy en seguida, señor Gastón. Lulú, guarde usted estas piezas mientras vuelvo yo; que esté todo en orden para cuando regrese, ¿eh?

—Sí, señorita.

Y aquella respuesta tan comedida fué acompañada de un gesto y una exhibición de lengua de la pequeña, que se parapetó para ello detrás del señor Gastón, mostrando entre sus rosados labios un filete escarlata que hubiera hecho la delicia de no pocos.

* * *

El señor Pommier, calvo y ventrudo, recibió a su empleada sentado detrás de su mesa, sin levantar la cabeza, como debe hacerse con los subalternos.

Una de sus gruesas manos, cargada de sortijas, jugaba con los papeles, y con la otra se preparaba a descolgar el receptor del teléfono.

—¿Es usted, señorita Made?—preguntó con dureza.

—Sí, señor—y añadió aparte—: ¡Ya me lo figuraba! Ahora me suelta una sarta de improperios...



... y sus vestidos subieron hasta los hombros.

Lo menos que va a hacerme es decir que por la puerta se va a la calle...

—Bien, señorita; pues tenga la bondad de desnudarse.

La joven se sintió tan admirada al oír aquello tan inesperado, que pasaron algunos segundos antes de que acertara a hacer el menor movimiento.

—Quédese en combinación si lo prefiere—añadió el señor P. Pommier—; pero dese prisa, porque no tengo ni tiempo para perderlo tontamente.

En un tres por dos, Made dejó resbalar su vestido, el cual arrastró consigo la combinación y se encontró en camisa ante su patrón. Estaba la chica guapísima, con aquellas carnes tan prietas y tan fragantes que estaban pidiendo a gritos que se las comieran a besos.

—Ya está, señor.

—Perfectamente. Poneos ahora ese traje de viaje que está sobre esa silla.—contestó aquel carabao sin fijarse siquiera en que la jovencita tenía dos espléndidos muslos que eran lo más definitivo, lo más incitante que en materia muslera se puede pedir.

Sin comprender nada, la joven se apresuró a obedecer. Era un traje de sastre, gris claro, con chaqueta y falda muy corta.

—Vuélvase un poco. Así; muy bien. A mí me parece que no hay por qué hacerle ningún retoque.

—No, señor; si es para una señora de mi talla, me parece que es completamente inútil tocarlo.

—Este traje es para usted. Puede quitárselo ya.

Comprendiendo cada vez menos, Made se encontró en camisa ante el despacho directorial, esperando más órdenes.

—Y bien, vístase usted—dijo el gran modisto—. ¿A qué espera?

¿Lo que esperaba? Pues al menos una explicación, y después una solución a la angustia que le producía aquel problema: para recoger su vestido tenía que volverse de espaldas a la mesa tras la que se encontraba el señor Pommier mirándola, y cómo iba ella a agacharse sin que su camisa, demasiado corta, no descubriese algo más íntimo todavía que lo que estaba enseñando ya.

Después de todo, ¡a ella qué! Se agachó resueltamente: el patrón ya estaba acostumbrado a ver a otras.

A otras que seguramente no valdrían tanto como ella.

Pierre Pommier había recogido sus papeles.

—Señorita Made, la hemos elegido a usted para acompañar nuestra colección a América del Sur. Le presto ese traje para el viaje para que pueda representar dignamente a la casa. No hay por qué añadir que bajo vuestra responsabilidad queda el que paguéis con vuestro sueldo el deterioro o las manchas que podáis dejar caer en él. Puede usted retirarse. Partirá usted dentro de tres días con la señorita Lilette. Ya le entregaremos los billetes del ferrocarril y del paquebote y lo necesario para el viaje. ¿Conoce usted a la señorita Lilette?

—No, señor—mintió descaradamente la morena Made.

—Eso no importa. Casi es preferible que así

sea. Puede usted ir disponiéndose para el viaje.

Y el señor Pommier descolgó el receptor del teléfono.

* * *

—Y bien—dijo Made volviendo al taller, asombrada por lo que acababa de sucederle—. Me gustaría saber qué piensa de esto la señorita Lilette.

—Oye, Lulú: ¿tienes que recoger aún muchos alfileres?—preguntó, al ver a la pequeña que permanecía aún a cuatro patas, con el cardenal del muslo al descubierto.

—Si tuviera usted más cuidado en no echar tantos al suelo, ya hubiera terminado—respondió sin ningún respeto la interpelada.

—¿Has plegado ya las piezas?

—Claro que no, porque he tenido que recoger los alfileres.

—Merecías que te casaran con el mango del plumero.

Lulú agachó su frente, demasiado burlesca para tener aire contristado.

—Pero no lo haré, con una condición...

—Con la de que yo no empiece de nuevo...

—No, sanguijuela. Con la condición de que cuando vuelvas a la una me traigas la Geografía de tu hermano. La que tenga las líneas de ferrocarriles.

Lulú dió un salto.

—¿Te vas de vacaciones? ¿Lejos, Made? ¡Qué suerte tienes!

—Tú lo has dicho—respondió Made.

—¿Me mandarás postales?

—Ya veremos. Mientras tanto, guarda los alfileres, y que no se te olvide la Geografía, porque si no, ¡ya puedes cuidar el trasero!

CONSPIRAN LAS MUJERES

Si Lulú, como niña juiciosa, iba a comer con su familia, Made y Lilette comían juntas en una cremería de la calle Clement-Bayard, cerca del taller.

Nerviosa, Made había llegado la primera, y sus ojos no se apartaban de la puerta. Estaba ansiosa por conocer la opinión de su trigueña amiga. ¿Qué la sucedía que no acababa de llegar?

La sirvienta había venido ya tres veces a preguntar cuántos «biftecks» y cuántos huevos al plato había que preparar. Si tomarían vino o leche las señoritas; si...

Made le había respondido amablemente las tres veces. Pero aquella situación no podía continuar.

Por fin, la manita enguantada de Lilette se apoyó en el picaporte.

—Buenos días—gritó Made a su amiga, y después de haberla besado precipitadamente en la bo-

ca, le interrogó con ansia—: ¿Has estado con el patrón esta mañana?

Lillette respondió dulcemente, sacando su pañuelo del bolso.

—Claro que he estado con él. Voy a verle todas las mañanas.

—¿Y te ha hecho desnudar?

—Sí; pero no para lo que tú piensas.

—Sí es precisamente por lo que yo pienso: para probarte un traje de viaje.

Lillette la miró intrigada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque yo también me he probado otro; soy yo la que te va a acompañar en el viaje a América del Sur.

—¿Qué dices?

—¿Cómo, qué es lo que digo?...

—Sí; qué es lo que dices, porque yo no marchó.

Made se quedó tan estupefacta, que el tenedor que sostenía en sus dedos, y en cuyo extremo tenía cogido un trocito de «bifteck», cayó de sus manos.

—¿Qué me dices? ¿Estás loca? Vamos a ver, piénsalo detenidamente.

—No estoy loca, y además lo tengo todo muy bien pensado. Primeramente, yo me mareo; además, no sé por qué, sin una fuerte indemnización, voy a ir a refugiarme en ese poblacho donde no

se bebe más que agua... Y además, ¿tú sabes hablar americano?

—Primeramente, querida mía—interrumpió Ma-de, que poseía algunos conocimientos especiales—, solamente en América del Norte existe la ley seca, y en cuanto al habla, has de saber que en América del Sur no se habla americano, sino español o portugués. A pesar de lo que acabas de decir, tú vendrás conmigo, porque va no nos marchamos.

Esta vez fué la trigueña la asombrada.

Como buena amiga, mandó traer los postres, y no quiso tenerla intranquila.

Acababa de ocurrírsele una idea genial. Apenas hacía una hora que había deseado tener un vestido de lujo para un solo día, con el cual creía poder asegurar su porvenir. Y de repente, la suerte había puesto a su disposición un gran número de ellos, y para todos los días que pudiese desear. Se trataba simplemente de obrar con prudencia.

Y alegremente explicó a su amiga :

—Vas a ver qué sencillo es todo esto : nosotras nos vamos de viaje con todo el equipaje. Una vez en camino, descendemos en cualquier playa donde afluya gente de dinero. Nos vestimos con nuestras *toilettes* a propósito para el caso. No es nada difícil atraernos con estos suntuosos vestidos a cualquier banquero o a un artista de la pantalla. Si conseguimos nuestro objeto, ya no hay por qué pensar en nada más. Que no logramos nada de

nuestros deseos, pues telegrafiamos que se ha detenido el paquebote y que nos encontramos esperando al siguiente que lleve la misma ruta.

—Pero ¿y la Policía? ¿Has pensado acaso en ella?

—Con dinero y vestidos—siguió diciendo la morena, sin hacer caso de la observación de su compañera—somos gente de mundo, y de lo más elegido. En cuarenta y ocho horas podemos probar nuestra suerte... Es demasiado linda la ocasión para dejárnosla escapar; seríamos unas necias si no probáramos nuestra estrella...

Lillette reflexionaba.

Dió la una.

—Creo, Made, que tienes razón. Hay que probar nuestra suerte. ¿Tú crees que podemos presentarnos un día como clientes en la casa de nuestro patrón Pommier? ¡Qué feliz sería yo si pudiera conseguir manejarle como un zarandillo a este cochino explotador!...

Y ante aquella jovial idea, las dos jóvenes terminaron su comida y abandonaron la cremería.

Ya en la calle, encontraron a Lulú que se dirigía al taller de costura.

Made dijo a su amiga :

—Debíamos hacer una buena obra: llevemos con nosotras a Lulú para colocarla también. La pobre merece algo mejor de lo que puede encontrar entre estas relaciones que puede tener aquí.

—¡Llevemos a Lulú!—asintió Lilette, conmovida ante el buen corazón de su amiga y conforme en todo con las teorías de Made—. Tenemos vestidos para todas.

En el momento de franquear la puerta de la Casa Pommier, una duda asaltó a la morena:

—Al menos, ¿no habrás dicho rotundamente al patrón que no pensabas marchar?

—No; si se lo llevo a decir me hubiera puesto de patitas en la calle. Lo único que yo he hecho, para ganar tiempo, ha sido decirle que antes tenía que consultar con mi familia.

¡La familia de Lilette!

Ante tal idea, las dos jóvenes soltaron la carcajada. Y Made, poniéndose seria de repente, encargó a su amiga:

—Vas a ver en seguida al patrón y a decirle que tu familia te deja marchar, puesto que lo primero es para ella obedecer las órdenes de tu patrón.

—Voy en seguida, Made. ¿Esta noche en la cremería?

—Esta noche nos veremos; y no te ocupes de nuestro itinerario, porque Lulú me va a traer la Geografía de su hermano.

* * *

El taller estaba completamente tranquilo.

—Pronto, Lulú. ¿Me has traído la Geografía?

La linda rubia acudió a este llamamiento con las manos vacías.

—No he podido traerla porque Tatave la necesitaba para una composición que tenía que hacer esta tarde.

—¿Y entonces?

—Eso no tiene ninguna importancia, porque yo he arrancado la hoja de ferrocarriles.

Y la sacó, muy plegadita, del escote de su blusa, donde la había disimulado, escondiéndola entre los dos limoncitos carnosos, para no tener que dar explicaciones a su mamá.

Made la cogió con avidez.

—¡Marranita mía, buen susto me has dado! Ven que te dé las gracias.

Y cogiendo en brazos a la jovencita, la sentó sobre sus rodillas y se puso a acariciarle los cabellos.

—Voy a decirte una cosa antes de que lleguen las demás compañeras: ¿qué te parecería si te llevara un par de días conmigo de vacaciones?

—¿Y adónde?

—Todavía no puedo decirte el sitio seguro; pero te puedo prometer que será al mar.

—¡Oh, qué encanto!

—Entonces, te alegras. Pues bien; te llevo. Pe-



—¿Qué deseáis?

—Venía a saber las instrucciones...

ro no digas aquí una sola palabra, y en tu casa, menos aún.

—¿Ni en mi casa?

—No. Precisamente ha de ser con esta condición. Tú saldrás por la mañana, como todos los días. En tu casa creerán que vienes al taller.

Pero es preciso que no lo sepa nadie en absoluto.

—No se lo diré a nadie—prometió Lulú—; pero ;menuda panadera me espera cuando vuelva! Pero ya pasará, y a lo mejor puede que les haga gracia.

* * *

En aquel instante, Lilette penetraba en el despacho del patrón.

Tenía tal prisa, que no sedió cuenta que un imperativo «Entrad» había respondido a su discreto golpecito.

En el despacho, una maniquí se probaba la colección de Amsterdam. Debía de tratarse de una colección de trajes de baño, porque la modelo no tenía puestas más que sus medias de seda gris perla, y para encontrarse más a su gusto, el mismo M. Pommier se había despojado de su americana y chaleco.

Hubo un instante de embarazo.

La maniquí se hacía las uñas con una lima imaginaria. Y Pierre Pommier buscó durante un momento palabras con qué empezar.

—¿Qué deseáis?—dijo por fin con una hermosa voz de bajo.

—Venía a... saber las instrucciones... sobre el viaje a... América...

—¿Del Sur?—terminó el gran modisto—. ¿Es usted la que se va con la señorita Made? Ya me

había olvidado de ello. Pues bien; ya se entenderá usted con ella. La señorita Made recibirá todas las instrucciones sobre este asunto. Es una joven muy formal, y procure usted obedecerla en todo y sobre todo; si no... no cuente usted más con la Casa. Por el momento, ya que está usted aquí, concluya con esta señorita la prueba que tan tontamente ha interrumpido.

Y el señor Pommier se puso su americana, sin darse cuenta de que dejaba sus tirantes colgados de un espejo de tres cuerpos.

TRES MUJERES DESNUDAS Y UN HOMBRE EN CAMISA

Tres días después, Made, Lilette y Lulú se encontraban en la estación de San Lázaro. El equipaje había sido facturado la víspera. El expreso salía dentro de diez minutos.

En un instante, y antes de montar en el vagón, Made explicó a Lulú el objeto del viaje y lo que pensaban probar durante él. Aun había tiempo de volverse atrás.

La linda rubita no solamente no dudó un instante, sino que fué la primera en instalarse en el departamento.

Silbó la locomotora.

—¡Nuestra suerte está ya echada; que sea lo que Dios quiera!—murmuró Lilette, un tanto aprensiva ante el término de la aventura hacia la que les conducía la intrépida Made.

—¡M...!—dijo sencillamente la linda rubita al oír el silbido del tren—. Se me ha olvidado comprarme rojo para los labios.

Llevaban ya una hora de tren cuando Made preguntó a Lulú por sus preparativos y la forma que los había llevado a feliz término.

La linda rubita no había hecho mal las cosas.

Su sombrero estaba gracioso; su faldita corta, provocativa; sus zapatitos, coquetones, y sus medias de seda, bien tirantes. En una palabra: había saqueado bien su guardarropa de días festivos.

—¿Y tus bajos?—preguntó la morena—. Al menos habrás hecho lo que te he dicho.

—No... No tengo más que otros iguales que éstos...; hubiera tenido que venir sin pantalones...

—¡Pues hija, casi hubiera sido preferible! Si por casualidad los tienes que poner al descubierto, lo echas todo a perder. ¡Haz el favor de quitarte esos calzones de soldado!

Lulú obedeció.

Y cuando la guardabarrera de Bour-le-Cráne volvía de ver si el viento del expreso había estropeado los frutos de su huerto, encontró que habían nacido en uno de sus perales unos culotes de colegial con anchas listas azules.

* * *

Ya en El Havre, dispuestas a dirigirse al puerto, las tres amigas tomaron otro tren para Breval-l'Océane, una playita de arena y piedrecillas que Made había descubierto en una guía (proporciona-

da por la Casa Pommier), en la que se la señalaba como una de las estaciones balnearias más frecuentadas.

Nada se parece más a un viaje por ferrocarril que otro viaje por el mismo sistema de locomoción. No nos detendremos demasiado en el viaje de El Havre a Breval-l'Océane, puesto que Lulú ya no tenía nada que lanzar por la ventanilla de su departamento.

Un antiguo ómnibus, que conservaba aún doradas las letras de su galería, esperaba a los viajeros.

El cochero discutía con los mozos de equipajes, mientras Made, Lilette y Lulú ahuecaban un poco los cojines de los asientos para instalarse encima. Atravesaron la ciudad.

Al ver el número de maletas colocadas en la techumbre del coche, el dueño del Hotel de la Plage dispensó a las recién llegadas un afectuoso recibimiento.

Creyó que se trataba de unas ricas extranjeras.

Inmediatamente les fueron habilitadas tres habitaciones: el 3, el 7 y el 14.

Made se adjudicó el número 3; Lilette tomó el 7, y el 14 se lo dejaron a Lulú, porque ésta era joven y la habitación se hallaba en el tercer piso.

* * *

El primer día lo dedicaron únicamente a las comidas y al descanso.

Pero al día siguiente, casi al salir el sol, porque éste no quiso aparecer antes de las diez de la mañana, empezó a pensarse en las cosas seriamente; y las tres muchachas, vestidas según los últimos cánones de la moda, bajaron a la playa con objeto de hacer conocimiento con el Océano.

La primera idea fué la de bañarse. Pero el simple baño de pies lo juzgaron, de común acuerdo, poco decorativo, y buscaron una roca lo suficiente grande para que pudiera disimular a las tres mientras duraba la tarea de desnudarse.

En el instante de despojarse de su camisa-pantalón, Lilette se golpeó de pronto la frente:

—¡Cuidado que somos necias! Pero si no tenemos *maillots*...

No habían reparado en ello.

En la colección para América del Sur los había de todas clases y hechuras, y aquello era precisamente lo más importante para ellas.

Un par de medias de seda salió por el aire.

—Si crees que eso nos va a preocupar demasiado—respondió simplemente la morena Made—, nos quedaremos en camisa, y es suficiente. Ya verás qué *maillots* más encantadores. Y además, que para la gente que hay en esta playa, seríamos tontas si nos preocupáramos demasiado.

Lo cierto era que no había nada de lo que ellas

llamaban gente bien en Breval-l'Océane. Y al designarla como la más frecuentada de las estaciones balnearias, sin duda alguna la guía quería decir por la gente de paso.

Made, Lulú y Lilette debían ser las únicas turistas de la estación.

Pero ya era demasiado tarde para retroceder. Había que esperar los acontecimientos.

* * *

Bajo la fría caricia de las olas, las tres parisien-
ses se estremecieron primeramente, pero pronto
le tomaron gusto a aquel juego y se encontraron
encantadas; cuando salieron todas empapadas de
agua, parecían tres Venus rezumantes. Las cami-
sas-*maillots*, pegadas a la carne, dejaban transpa-
rentarse los menores detalles de los lindos cuer-
pecitos.

—¡Zut!—exclamó Made al despojarse de la
combinación, estropeada por el salitre—. ¡Buena
he puesto mi camisa! ¡Mañana nos bañaremos sin
nada!

—¡Oh! ¿En cueros?—exclamó ingenuamente
la rubia Lulú—. Yo no haré nunca, nunca, seme-
jante cosa.

—Nadie te ha obligado a seguirnos—dijo ás-
peramente Made, buscando sus ligas.

Y como ella era el jefe de la banda, al siguiente día las dos amigas no dejaron de obedecerla.

* * *

Pero nadie se puede bañar impunemente, completamente desnuda, en un pueblo, por pequeño que éste sea.

Aunque no había más concurrentes a la playa de Breval-l'Oceane que los pescadores del pueblo, en cualquier instante se encuentra un *dilet-tanti* de esta clase de espectáculos.

Este fué un rudo mocetón, cuya profesión sería un tanto difícil poder señalar; pero que se entregaba con frecuencia al pillaje, ocultándose tras las rocas o durmiendo en las barcas de pesca, sacrificándose al demonio de la carne siempre que se presentaba ocasión.

¡Y la ocasión se presentaba entonces encantadora!

Saltando de repente de la roca tras la que había pasado la noche, y tomando a la rubia Lulú en sus robustos brazos, desapareció con ella.

Al menos intentó desaparecer... Pues lejos de inmutarse por aquella agresión, y sin tomar tiempo para vestirse, Made y Lilette se lanzaron en su persecución, cayendo sobre él furiosas.

Aquello fué un verdadero pugilato.

Y el espectáculo no tenía nada de vulgar.

Las tres jóvenes, completamente desnudas (puesto que hoy día la cabellera no oculta demasiado), luchaban contra aquel enorme diablo salvaje.

A pesar de ser ellas tres, hubieran caído bajo la acometida del forzado si de pronto, el agresor, después de girar tres vueltas sobre sí mismo, no hubiera caído a sus pies, al sentirse herido en la nuca por un magistral golpe.

Como dos autómatas, movidas por el mismo resorte, la rubia y la trigueña se ocultaron el rostro con las manos.

Otro hombre estaba ante ellas, sonriendo y ajustándose un monóculo para examinarlas mejor :

—Les ruego, señoras mías. que no se asusten demasiado. Tienen ante sí a un rendido admirador. En cuanto a este fenómeno—y dió un empujón con el pie al brevalés—, ya recobraré pronto los sentidos.

Lulú abrió y cerraba los ojos asombrada. Al ver aquel hombre inclinado hacia ella, comprendió que se trataba de su salvador, y se estrechó contra su pecho.

—Señoras mías—dijo el extranjero levantando del suelo a la rescatada—, no os preguntaré en qué hotel estáis alojadas, pues ya sé que no hay más que uno en Breval-l'Oceane. Pero lo que sí quisiera saber es dónde están vuestros vestidos para que podamos cubrir un poco a esta pobre ni-

ña. Ustedes no habrán salido de esta forma del Hotel de la Plage. Al menos así lo creo.

Sin decir palabra, Made condujo al salvador en dirección a la roca a cuyo abrigo se habían desnudado las tres.

¡Acababa de sucederles una mayor desgracia!

El oleaje había cubierto la roca, y de todas sus ropas no quedaba al descubierto y a merced de las olas sino una combinación rosa, con la que se divertía el mar.

—Ahora nos encontramos en la misma situación —dijo el desconocido.

Y sentó a Lulú sobre la arena.

—Vamos a arreglarlo todo con calma; ustedes son tres: usted, la morena, se envuelve en mi gabardina. Perfectamente. Usted, la trigueña, póngase mi americana... ¡Eup!... Un poco corta resulta. Hágase con mi pañuelo un pequeño taparrabitos para que no se le siga viendo la decencia. ¡Ya está! Usted casi está bien del todo. Pero aun nos queda la rubita... ¡Diantre! Poco hemos conseguido. ¿No podría yo darle mis pantalones?

Al decir estas palabras, el desconocido giró sobre sus talones.

—¡Qué tonto soy!... ¡Qué bruto! ¿Y el fenómeno que hemos dejado allí?

El fenómeno, en tierra aun por la rudeza del ataque, vió llegar inmóvil al que tan soberbio golpe le había propinado.

—¡Tened piedad!—suplicó, cubriéndose con los brazos.

—Tendré piedad; pero con la condición de que me entregues inmediatamente tu chaqueta y tu pantalón.

—¿Mi... mi... pan... talón?—balbuceó el infeliz—. Pero, señor. ¡si no tengo otro!

—Anda, dame pronto el pantalón, ¡pronto! Si no, te lo quito de un golpe, y ya sabes que no tengo muy suave la mano.

—Aquí está... Aquí... la chaqueta... y el pantalón..., señor.

—Gracias. Y puesto que has sido tan complaciente, aquí tienes un billete para que puedas comprarte otro traje.

—Pero..., pero... ¿usted quiere que vaya... hasta el pueblo... en calzoncillos?

—Eso no es asunto mío. Arréglatelas como puedas. Toma un auto o un bote. Y puedes darte por contento con que te dejó los canzoncillos.

* * *

Vistieron a Lulú con los trapos del que había querido jugar con ella el papel de sátiro. Y así equipadas, acompañadas del desconocido, las tres jóvenes regresaron al Hotel de la Plage.

¡Bien valía la pena de tener en su habitación toda la colección de vestidos para América del

Sur de la gran Casa Pommier para llegar en aquella forma!

El vestuario de la pequeña Lulú no era demasiado lujoso, pues el sátiro brevalés no tenía fondo en los pantalones y su chaqueta carecía de mangas.

UN SEÑOR QUE NO VA POR DOS CAMINOS
Y UNA ENCUESTA TAN PRONTO CERRADA
COMO ABIERTA

No hay por qué apenarse demasiado por esta aventura—dijo Made a sus compañeras—, puesto que puede ser, a lo mejor, la inesperada ocasión que se nos presenta. Así, pues, no sé si aconsejaros que os hagáis una suntuosa *toilette* para bajar a comer.

—¡Yo estoy enamorada ya de ese hombre!—exclamó la rubia Lulú con juvenil ímpetu.

—Quién sabe—murmuró preocupada la morena empleada de M. Pommier—, quién sabe si es la suerte para Lulú, en efecto... Pero vamos a apresurarnos, vamos pronto.

Unos instantes después, las tres jóvenes bajaban a la mesa vestidas con trajes de ceremonia que dejaban al descubierto su nuca y espalda.

El misterioso desconocido estaba ya sentado ante su cubierto.

¿Las esperaba?

Misterio.

Sin embargo, a la llegada de las jóvenes se levantó ceremoniosamente, diciendo :

—Señoras, entre nosotros hay pocos secretos..., pequeños, naturalmente. Pero aun hay algo que ignoramos : nuestras personalidades. Así, pues, permitid que me presente. Esta mañana teníamos que ocuparnos de cosas más apremiantes.

Y tras este corto discurso, se inclinó con envidiable distinción, declinando sus nombres y profesión.

—William Chesterfield, ingeniero del otro mundo. No se rían, encantadoras jóvenes. No vayan a creer que soy espiritista ; yo llamo nuevo mundo nada más que a lo que se encuentra al otro lado del mar.

Made murmuró al oído de la más próxima de sus compañeras, que precisamente era la trigueña Lilette :

—¡ Ya ves cómo no merecía la pena de arriesgarnos a ir a América ni de tomar el paquebote, cuando la América viene hasta nosotras !

Luego ella pronunció su nombre, el de Lilette y el de Lulú, ocupada en subirse las medias, y acompañándolos de un nombre patronímico que sin gran trabajo pudo encontrar entre los muchos que conocía en París, puesto que conocía lo mejorcito del barrio de la Magdalena.

—Somos primas las tres—aclaró aún más—, y



... y tomando a Lulú en sus robustos brazos, desapareció con ella.

hemos elegido este rincón perdido de común acuerdo para pasar en él las vacaciones tranquilamente.

—Pues yo, para colocar un nuevo motor a mi aeroplano.

—¿Practica usted la aviación?

—Mucho. ¿Y usted?

—; Oh! Nosotras, sabe usted...

—; Les interesa mucho más la natación!

Al recuerdo de que aquel hombre las había visto desnudas, las tres jóvenes empleadas de M. Pomnier enrojecieron.

—Yo creo, señoritas—se apresuró a aclarar el ingeniero americano—, que mi presencia no estorbará de ninguna forma sus excursiones náuticas. Y si les puedo ser útil con mis modestos consejos, estoy a su disposición como profesor de plancha, de braza, etc.

—Antes de aceptar su desinteresada oferta, nos permitirá, señor...

—¿El qué?

—El comprarnos, mis amigas y yo, algunos buenos y resistentes *maillots*.

—Muy bien—dijo sonriendo William Chesterfield—; se lo permito; primeramente, porque esto me prueba que me aceptan ustedes como profesor y maestro a quien se pide permiso para la menor cosa, y además, porque la total ausencia de vendedores de *maillots*, vestidos y calzones en Breval'l'Océane me evita el cuidado de preocuparme por este acto de simulación, que yo considero como el peor de los vandalismos estéticos.

Y la comida, tras aquella manera de entenderse, transcurrió de la forma más agradable: William tenía su pie izquierdo sobre los frágiles zapatitos de Made; su rodilla derecha junto a los palpitantes

tes muslos de Lulú, y la izquierda, de cuando en cuando, en furtivas caricias, mezcladas de palmaditas sobre el lindo trasero de Lilette.

* * *

Monsieur Pierre Pommier no se explicaba el que no hubiera recibido ninguna noticia sobre el embarque de sus dos empleadas... y de su colección.

Como toda Casa que se estime en algo, la Casa Pommier tenía su servicio privado de policía—que no suele entrar en funciones más que tratándose de obreras sospechosas, los sábados por la noche, cuando tratan de llevarse, disimulada entre los vestidos, treinta centímetros de seda para confeccionarse un sombrerito. El jefe de esta Policía fué encargado de ir inmediatamente al despacho directorial.

—Señor director—empezó diciendo el jefe de Policía de la Casa Pommier—, he sorprendido a la señorita Joune en el momento...

¡Pero no se trataba de la señorita Joune!

El patrón puso en seguida al corriente al policía de lo que le preocupaba: no se tenían noticias de la colección que había salido para América del Sur que conducían dos empleadas bien conceptuadas. Además, hizo notar la desaparición de una aprendiz.

—Yo daré con ellas—dijo el policía solemnemente.

LA NOCHE MORENA

A sí que es a mí a quien ama, a mí a quien ha elegido—suspiró Made cuando se enteró del contenido de un billetito que misteriosamente le había entregado la criada cuando se dirigía a su cuarto.

—¡ Y es para esta noche misma !

Sus compañeras debían estar ya durmiendo. En un dos por tres, Made se quitó los vestidos y se contempló desnuda en el espejo. La carne morena y joven era un prodigio de gracia y de belleza en cada una de las líneas de su cuerpo ; se hacía adorable a lo largo de las piernas firmes, en las rodillas bien dibujadas, en los muslos y en el soberbio par de senos de que disfrutaba la chica, y que, por lo visto, estaba dispuesta a consentir que otro los disfrutase también.

—Me haré la *toilette*—dijo.

La *toilette* consistió en avivarse un poco el rojo

de las puntas de los pechos, y como no era cosa de recibir a nadie en aquel traje, aunque aquel traje de Eva le sentara a maravilla, sacó un pijama negro, con filete de oro, y se lo puso, a tiempo que en uno de los relojes del hotel sonaban diez campanadas.

Un cuarto de hora más tarde llamaban a la puerta de una manera significativa.

—Entre—dijo Made.

Y en la alcoba, llena de tinieblas prometedoras, se deslizó William Chesterfield, el ingeniero del otro mundo.

No fué a la ligera como Made eligió el pijama negro con filete de oro para recibir a su enamorado. Es porque el pijama evita el andar soltando lazos y apartando telas antes de encontrar la redondez de un seno o un trozo de carne femenina más o menos rubia o morena.

Psicología del desvestir.

Made conocía aquellos inconvenientes en sus menores detalles; pero William, que tampoco era un principiante, sabía también cómo hay que obrar para soltar la chaqueta de un pijama y para dejar caer el pantalón delicadamente.

La chica se volvió a encontrar de nuevo desnuda en la alcoba, desnuda como debió estarlo la mujer primitiva antes de la invención de las medias de seda, como la había sorprendido un día aquel hombre cuando salía del baño.

Teatralmente, se tapó el rostro con las manos, gesto que siempre resulta bien.

Pero sus senos, que se movían acompasados, testimoniaban la impaciencia de su dueña. Y a esta señal, el buen mecánico, viendo la vía libre, tomó con toda decisión la ruta del placer.

* * *

La electricidad inundó de claridad la alcoba.

—¡ Oh! ¿Qué ha hecho usted?—se lamentó por pura fórmula el moreno maniquí de la Casa Pierre Pommier.

—¿Que qué he hecho, querida? Me parece que en su país y en el mío la cosa se debe llamar de la misma manera.

—Está mal.

—Pues a repetir, a ver si sale mejor.

Se apresuraba a poner en práctica la repetición cuando Made puso la mano, no en el rostro, sino donde la debía haber puesto desde el primer momento si de veras hubiera tratado de evitar lo que acababa de suceder.

—¡ Oh!—dijo él. Yo creía que... En fin... Usted me comprende. Pero yo me casaré con usted, querida mía. No ahora mismo, ni mañana, naturalmente; para casarnos tendremos que ir a mi país... ¿Acepta usted llamarse la señora Chesterfield?

A guisa de respuesta, la morena Made anudó alrededor del cuello de su ingeniero dos brazos desnudos y frescos.

—Made... Made—suspiró él con voz languideciente—, déjeme un poco..., se lo ruego...; nada más que un poquito, para apagar la luz...

* * *

Si la alcoba número 3 quedó sumida en las tinieblas, en cambio, no lo quedó en el silencio. Un ruido de besos y de caricias...

LA NOCHE RUBIA

Lulú era virgen.

Evidentemente que no lo era por su culpa, ni tampoco por la de su amigo, el aprendiz de carnicero, sino porque la ocasión de dejar de serlo no se le había presentado todavía

La virginidad no es, por otra parte, más que una sala de espera, y pregunta a los viajeros que se encuentran alrededor de ella si tienen o no ganas de subirse al tren.

Sucede algunas veces que el tren no les lleva al sitio que ellos desean; pero eso no importa. Ellos, si se les permite, se suben al tren.

* * *

El billetito deslizado bajo la puerta de Lulú, por la criada no le sorprendió más de lo que había sorprendido a Made.

¿No era el extranjero quien le había librado del más terrible peligro?

¿No habían sido sus muslos los que había acariciado en la mesa con una rodilla apasionada? El honor—llamémosle así a lo que la muchacha no había pæsto en uso todavía—que el ingeniero había defendido tan valerosamente, era justo que le fuera entregado.

Era una especie de deuda lo que tenía que pagar la pequeña Lulú. Y se puede asegurar que jamás deudor alguno ha esperado con mayor impaciencia a su acreedor.

Así, cuando él se presentó en pijama azul cielo, ella le esperaba a pie firme, es decir, absolutamente dispuesta a rendir la plaza.

No se había pintado la punta de los senos, como su compañera. Se había limitado a ponerse un peinador ligero—de la colección de América, naturalmente—y conservar puestas las medias, pues se había fijado en que esta *toilette* sentaba muy bien a las damas que aparecen dibujadas en la *Vie Parisienne*.

Su único pensamiento era éste:

—¿Me abrazará tan fuerte como el sátiro de la playa? En ese caso, me debía quitar el collar.

Pero el collar, el peinador, los zapatos y las medias se encargó el ingeniero de quitárselos, y la pequeña apareció desnudita, tan rubia y tan mona, que aquello visto de lejos resultaba un ver-

dadero encanto, y visto de cerca, no resultaba nada, porque daba el vértigo. Esto es lo que le debió pasar al ingeniero, porque se dejó caer, mareado por el perfume de aquel ramillete de carne jovencísima; pero se dejó caer encima del susodicho ramillete, con lo que las cosas se facilitaron bastante.

William Chesterfield se comportó con dulzura, y cuando lo que Lulú había conservado encima no existía en su personilla, el ingeniero se marchó a su cuarto, haciendo a Lulú la misma promesa de casarse con ella que la noche anterior había hecho a Made.

—¡Casada!—se decía la pequeña—. ¡Y con un americano!

¡Qué cara iba a poner el patrón cuando regresara a París! Y su mamá, que la estaría esperando con las correas en remojo para ponerle el trasero en carne viva a fuerza de correazos...

Terminados los temores.

El desgraciado aprendiz de carnicero podía buscarse otra amiguita a quien masajear en el cinema. En compensación, ella le enviaría desde Nueva York un paquete de cigarrillos ingleses.

Y con este bello pensamiento infantil, Lulú cerró las piernecitas que hasta aquel instante había conservado abiertas y se durmió. Ya no era Lulú solamente. Era la futura señora de Chesterfield.

Y LA NOCHE CASTAÑA

De las tres amigas, fué Lilette la que se mostró menos asombrada al recibir el billetito. La chica no había dudado un solo minuto del encanto de sus senos impertinentes, punteando siempre bajo sus vestidos, ni en el de su grupa ondulante.

Su cuerpo no tenía defectos. Ni en piernas, ni en brazos, ni en senos, ni en caderas podía ponerse una tacha. Las piernas, bonitas; los brazos, como los de una Venus; los senos, lo que más valía de su persona, aunque toda ella valía mucho; las caderas, armoniosas. Un bocado de príncipe era la castañita; un bocado de los más delicados y de los más apetecibles.

Y a las diez y cuarto fué un ídolo de carne, brillantemente iluminada por todas las lámparas del cuarto número 7, lo que el americano encontró extendido sobre un lecho.

Se encontró un poco desorientado, porque tenía la costumbre de entablar conversación por una pequeña frase de circunstancia: «¿Querida, me permite usted que le ayude a quitarse el peinador?» Y allí no era posible, porque la chica no había conservado puestas ni siquiera las ligas.

—¡Eh!... Buenos días...

Si la pequeña Lulú tenía sus lecturas, Lilette, en cambio, tenía experiencia, y extraño retorno de las cosas que en el planeta suceden, fué ella la que desnudó al honorable William Chesterfield, y con gran destreza, además. Ni los gemelos del cuello, ni los tirantes tenían secretos para ella. Y cuando el Romeo estuvo con un traje parecido al de la Julieta, es decir, sin una liga siquiera encima, ella le interrogó:

—¿De manera que dices que eres aviador?

—Lo soy, querida.

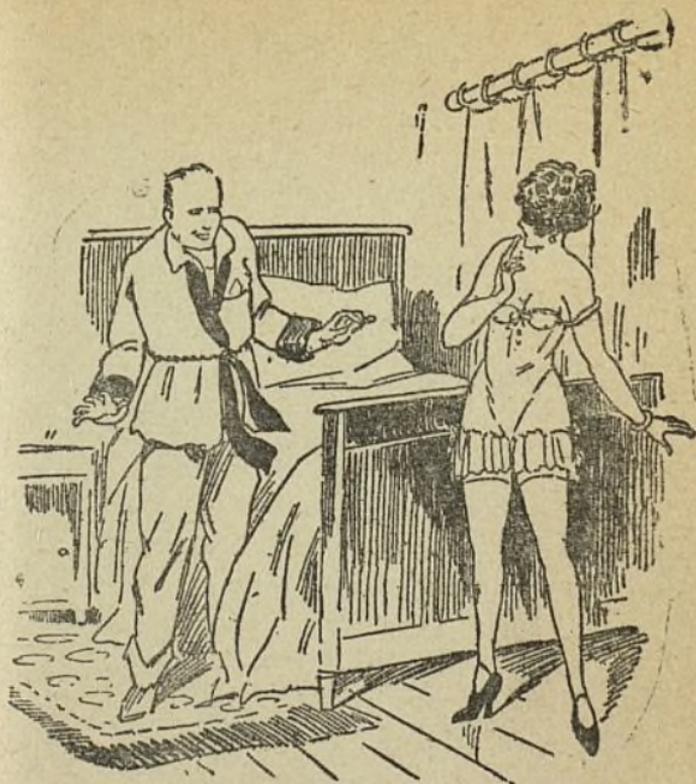
—No basta con que me lo digas. Va a ser preciso también que me lo pruebes.

Y como un libro amado que se abre por sí mismo por la página más querida, ella abrió piernas y brazos en una amable invitación.

William se imaginó que tenía un *record* que batir, y como buen *sportman*, hizo prodigios.

Muy satisfecho de sí mismo, se preparaba a levantarse para encender un cigarrillo cuando la castaña Lilette exclamó:

—¿Cómo? ¿Eso es todo, mi pequeño William?



—Quítate el antifaz, para empezar.

Eso es igual que practicar el régimen seco. En la calle San Martín lo llamaríamos una ensalada de tomate. Algo que no sirve más que para abrir el apetito. Como aviador terrestre, estás bastante necesitado de recibir lecciones. Acércate un poquito.

No es posible negar nada a una mujer que cuen-

ta con encantos como los de Lilette, sobre todo cuando se ofrece a dar lecciones, pues los hombres resulta que siempre tenemos algo que aprender... Y Lilette, como profesora de la materia que iba a enseñar, no tenía nada de desagradable.

William se manifestó como el alumno atento y sumiso de sus primeros años de Instituto, y cuando el día llegó a poner su nota gris sobre las ventanas del cuarto número 7, encontró al americano deshecho.

—Querida mía—dijo a su compañera—. En lo sucesivo me será imposible pasarme sin usted.

—Pues bien, William, hay un excelente medio para conseguirlo : lléveme con usted. Solamente que yo soy una muchacha seria—dijo Lilette colacándose completamente desnuda en medio de la alcobá—. Y si usted me lleva es...

—Para casarnos. No había pensado en que fuera para otra cosa.

—*All right!*, como decís vosotros—exclamó la trigueña volviéndose a meter en la cama y abriendo de nuevo los brazos y las piernas.

—Venga usted a que firmemos el contrato—dijo.

El americano bajó la cabeza y fué a refugiarse en el otro extremo de la pieza, diciendo:

—El contrato ya lo firmaremos delante del notario.

Y apoyándose en las paredes y en todos los muebles, se fué a su cuarto.

UNA CUARTA NOCHE QUE NO ESTABA PREVISTA
EN EL PROGRAMA

Tres noches de amor consecutivas pueden satisfacer a un hombre prudente, sobre todo tres noches tan diferentes como aquéllas, y con un fenómeno como Lilette para fin de fiesta.

William Chesterfield, para buscar un poco de reposo, no había encontrado mejor medio que el de saltar hasta una estación balnearia vecina, donde, por milagro, el casino estaba ya abierto.

Esta estación se llamaba Bouzac, cosa que, por otra parte, no tiene la menor importancia.

William Chesterfield estaba de un pésimo humor, porque le acababan de dar en el casino una zurra; pero una de esas zurras que hacen época en la vida de un jugador de treinta años.

Si hubiera estado en su domicilio, los muebles hubiesen pagado las consecuencias de su furia; pero cualquiera se pone a tirar sillas y a morder los lavabos después de las doce de la noche en un

hotel tranquilo como lo era el Hotel de la Playa y del Faro... Y veréis el concierto unánime de los vecinos que no quieren saber nada de esta especie de literatura. Y a la mañana siguiente, al gerente esperándoos con la cuenta.

Con la rabia en el corazón, no porque le hubieran ganado unos miles de francos, ya que su fortuna era grande, sino por no poderse desahogar como tenía por costumbre, William Chesterfield hizo que volaran sus prendas de vestir hacia los cuatro rincones de la alcoba.

Todo esto en la oscuridad más completa.

Después, en pijama sobre su lecho, porque el dormir con aquel estado de nervios no era posible, se puso a fumar cigarrillo tras cigarrillo, escuchando el movimiento de su reloj.

Era un ruido monótono aquel tic-tac, y con la ayuda del tabaco rubio es muy posible que hubiera llegado a perder la noción de las cosas, si unos ligeros arañazos sobre madera no le hubieran transportado a la realidad de las cosas.

Detrás de la puerta había alguien.

Alguien que dulcemente manejaba la cerradura.

William cogió silenciosamente el revólver y lo deslizó en el bolsillo de su pijama.

Después esperó sin hacer ningún movimiento.

Un ladrón seguramente. Aquello le permitiría dominar un poco sus nervios. Retuvo la respiración.

La puerta, anticipadamente aceitada, se abrió sin ruido, y una forma negra penetró en la pieza. Por lo que William pudo apreciar, no eran las formas de un hombre, sino las de una mujercita perfectamente dibujada.

Al llegar al centro de la alcoba, la intrusa se detuvo como si no supiera hacia qué lado tirar.

—Palabra—se dijo el yanqui—que no debe hacer mucho tiempo que se dedica a este oficio. Está temblando.

Efectivamente, la ratita de hotel temblaba. Sus senos, con los movimientos precipitados que los sacudían, parecía que iban a hacer estallar la ligera tela del traje. Se los cogió, uno con cada mano, como si quisiera tranquilizarlos, y cuando aquella tempestad de los pezones fué vencida, dió tres pasos hacia adelante.

Sus pies tropezaron con la americana del ingeniero, y se agachó para recogerla.

William apercibió ciertas blancuras y también dos espléndidos trozos de carne juvenil.

Su mano dió vuelta al conmutador y saltó de la cama.

La mujer dió un ligero grito.

Las manecitas volvieron a cogerse los senos, que bailaban de inquietud.

—¡Oh, señor, señor!... No me haga daño. Sobre todo, no llame a nadie. Vea que no le he robado nada.

—Porque no te he dado tiempo. Quitate el antifaz para empezar.

Ella obedeció, haciendo un movimiento de cabeza para ahuecar los cabellos por coquetería.

—Eres bonita.

La ladrona era preciosa, y, además, para practicar su oficio, llevaba un traje de opereta. Unas largas medias de seda negra, una camisita del mismo color y nada más...

William comprendió entonces por qué había visto dos trozos de carne cuando la muchacha se había agachado. La curvó de nuevo contra él en la misma posición, y vio cómo la camisa se elevaba hasta el centro de la espalda, por la cual todo el traserito quedaba al aire.

—Te felicito—le dijo—. Tienes muy buenas carnes.

Y apretándola más estrechamente, agregó:

—¿Sabes lo que mereces?

Una llama de terror pasó por los bellos ojos azules de la jovencita. Creyendo que la iban a azotar, se tapó con las manos las nalgas que tenía al aire, y exclamó:

—¡Piedad!

Pero el americano no se sintió piadoso, y cogiéndola con un brazo de la nuca y con el otro por debajo de los muslos, la llevó a la cama.

Ella le miró aterrada.

El se limitó a decir:

—La camisa.

—¿Qué tiene?

—Que estorba.

—Venga usted a quitármela—dijo la ratita de hotel.

Y William, galantemente, obedeció a la ladrona. La camisita negra voló por los aires y fué a hacer compañía a los pantalones del americano.

* * *

William Chesterfield se durmió, no sin antes haber cumplido como quien era; es decir, después de haber abusado de la ventaja que la situación le ofrecía junto a la ratita de hotel.

Eran las diez de la mañana y la ladrona continuaba a su lado.

La miró atentamente.

No pudo por menos de confesarse que la muchacha era bellísima.

¿Pero qué iba a hacer con ella? ¿Cómo hacerla salir del Hotel de la Playa y del Faro en camisa y medias negras sin que llamara la atención?

Estaba haciéndose estas reflexiones cuando su compañera se despertó.

Lo primero que hizo fué echarle los brazos al cuello, besarle en la boca y decirle.

—Queridito mío.

El quiso rechazarla.

Mas ella se apretujó contra él. Ya no era la muchachuela miedosa de la víspera, que temía los disparos del revólver y otro montón de cosas.

—Escúcheme, se lo suplico. Yo no soy lo que usted se figura.

William Chesterfield le respondió :

—Eso es lo que esperaba. Ahora me vas a decir que eres hija de un general y que has sido educada severamente.

—No, yo no soy hija de ningún general : yo soy la chica de la cocina del Hotel de la Playa y del Faro simplemente. Desde el primer instante que le vi me enamoré de usted. Yo sé que los reyes no abrazan a las patoras más que en los cuentos y los millonarios a las chicas de la cocina en las películas ; si no hubiera inventado este truco, es seguro que usted no se hubiera querido acostar nunca conmigo.

Se sentó sobre el borde del lecho, cruzando los muslos desnudos con ingenuidad.

—Que el señor no se inquiete. El señor no volverá a oír hablar de mí. Dentro de diez minutos, la patrona del Hotel de la Playa y el Faro me va a echar a la calle. No hay preparado ningún desayuno. Fijese en que debe empezar mi trabajo a las seis de la mañana y pronto van a dar las once ; pero crea que no lamento nada, ya que he disfrutado de la más hermosa noche de amor de mi existencia. Sólo le pido al señor que me preste

un salto de cama para poder regresar a mi alcoba.

—Aquí está—dijo él, tendiéndole la prenda pedida—, y este papelito como recuerdo.

El papelito era un cheque pagadero al portador por una importante suma.

Confusa la chica de la cocina, se lanzó, todavía desnuda, a sus rodillas; pero él la levantó con un gesto magnánimo y, después de haberla cubierto con la prenda pedida, la empujó suavemente hacia la puerta.

* * *

William se quedó pensando:

—Esta chica de cocina asegura haber pasado la más bella noche de amor de su vida, y yo he pagado por dormir con ella lo que me hubiera costado una «estrella» de varietés durante un mes. Estoy verdaderamente satisfecho.

TRES MUJERES SOBRE LA ESPALDA Y UN JOVEN
CONSOLADO

A las dos menos cinco exactamente, un gran automóvil, uno de esos monstruos de velocidad a los que se acostumbra a llamar bólidos, fué a detenerse ante la escalera del Hotel de la Playa y del Faro.

Aquellas señoritas descendieron con trajes de «sport», pertenecientes, como todos los otros, a la famosa colección, y que eran como para poner celosa a la más encantadora de las aviadoras (a esa que no se pone nunca pantalones cuando en las fiestas aéreas ejecuta los descensos con paracaídas).

Las tres estaban un poco molestas, pues cada una pensaba en la cara que iban a poner las otras dos cuando supiesen que era ella la elegida.

Made, Lilette y Lulú se equivocaban al hacerse mala sangre, pues si William Chesterfield las había citado a las tres, no era para regocijarse con

la consternación de dos de ellas, sino porque uno de los más ricos mormones de las orillas del misterioso Lago Salado se las llevaba a su país para casarse con las tres.

El avión les aguardaba para hacer la travesía del Atlántico. Ellas dieron su adiós a la tierra de Francia mientras el auto regresaba, llevando el chofer orden de recoger los vestidos y devolverlos a la Casa Pommier, de París.

El gran árbitro de las elegancias se puso tan contento al recobrar sus modelos, que convocó inmediatamente a todas las maniqués de la casa y las hizo desnudarse una por una para que se los probasen todos, y como quiso también abusar una por una de todas aquellas muchachas, el resultado fué que le dió un ataque que a poco se lo lleva el diablo. Lo cual prueba que no se debe jugar con la moralidad de las maniqués.

Al que más habría que compadecer en esta verídica historia sería al aprendiz de carnicero de Lulú, que había pensado en llevarse la flor que la muchacha entregara confiadamente a un mormón de la libre América.

Pero tampoco hay que compadecerle mucho, porque hay un pero...

Su patrona, la mujer del propietario de la Gran Carnecería Nivernesca y comercial, cansada de verle derramar lágrimas sobre las costillas de buey y

de refunfuñar mientras cortaba los solomillos, se empeñó en consolarle.

El chico no tenía la edad de esos pequeñuelos a quienes se consuela dándoles a chupar una naranja, y la carnicera se vió obligada a emplear otros medios, y el resultado fué que el novio de Lulú se paseaba los domingos con un traje nuevo, un cigarro puro en la boca y dinero en los bolsillos canturreando aquella cancioncilla que dice :

Une grosse femme
Dan de jolis draps,
Moi j'aime ça
J'adore ça
Etcétera...

(Una mujer gorda, dentro de unas sábanas bonitas, a mí eso me gusta, a mí es lo que me encanta, etc...).

Ahora ya sé lo que me vais a preguntar :

Entonces, el patrón de la Gran Carnecería Ni-
vernesa y Comercial ¿es cornudo?

Cornudo del todo.

¡La gran suerte!

Palabra que, oyéndoos protestar como lo estáis haciendo, ¿creería uno que no habíais tropezado con cornudos nunca?

Y, además, que vosotros no sois de la familia de ese carnicero, me parece a mí. Entonces, ¿qué

es lo que os puede importar el que sea cornudo o no? Ganas de ponerlos a discutir.

William Chesterfield, que se ha cargado a la espalda tres mujeres (hace falta ser muy mormón para esto), hace menos historias que vosotros.

¡Y a ver si calláis de una vez y dejáis al carnicero en paz!

CONCLUSIÓN

Conclusión con moraleja y todo:

La fortuna sonríe siempre a los audaces, y cuando vacila en sonreírles, basta con que los audaces se bañen desnudos.

Aun con todo, si el lector no pertenece al sexo femenino, le aconsejamos que no pruebe su suerte.

F I N